

Crisis de Régimen Político, Insurrección y Surgimiento de un Partido (a propósito del alzamiento Aprista de 1935 en Cajamarca)

Crisis of Political Regime, Insurrection and Emergence of a Party (about the Aprista uprising of 1935 in Cajamarca)

César A. Aliaga Díaz¹

Resumen

En el presente ensayo se propone una reflexión sobre el impacto de las insurrecciones en la construcción del espíritu del APRA auroral, considerando que sus efectos sociales, culturales y morales fueron decisivos para el asentamiento y arraigo popular del referido partido. Primero se hace un resumen del contexto histórico en el que surge el APRA, valorando sintéticamente el periodo pre revolucionario, así como el desarrollo de los sucesos de 1932. Luego, se describe el nacimiento del partido y las condiciones que lo hicieron posible, concluyendo con un breve resumen de la insurrección de 1935. Al final se incluye una valoración histórico-política del alzamiento armado como factor fundamental en la cohesión e identidad partidaria. Se hace mención especial a los acontecimientos relacionados sucedidos en Cajamarca.

Palabras clave: APRA, historia política, alzamiento armado.

Abstract

This essay proposes a reflection on the impact of insurrections on the construction of the spirit of the dawning of the APRA, considering that its social, cultural and moral effects were decisive for the settlement and popular roots of the aforementioned party. First, a summary is made of the historical context in which the APRA insurges, which is synthetically valued for the pre-revolutionary period, as well as the development of the events of 1932. It then describes the birth of the party and the conditions that made it possible, concluding with a brief summary of the 1935 insurrection. In the end, a historical-political assessment of the armed uprising is included as a key factor in the cohesion and party identity. Special mention is made of related events in Cajamarca.

Key words: APRA, political history, armed uprising.

1 Abogado. Docente de la Universidad Nacional de Cajamarca. Email: cealdi@yahoo.com

Introducción

Un momento clave para la historia política y social de Cajamarca durante el siglo XX ha sido, sin duda, el de la aparición y asentamiento político del partido aprista, allá por 1930, en la medida que, desde entonces y por un lapso no menor a 70 años, tuvo una clara hegemonía en el ánimo y preferencias políticas y electorales de importantes sectores populares de nuestra región. Razón por la cual, además, los seguidores de Haya de la Torre consideraron a Cajamarca como parte del “sólido norte”, junto a los departamentos de Ancash, La Libertad, Lambayeque y Piura.

Uno de los problemas más característicos de las ciencias políticas gira, precisamente, en torno a la pregunta cómo un partido logra asentarse y conseguir vigencia política e influencia ideológica en periodos más o menos prolongados. Por eso, resulta de interés adentrarse al conocimiento de la forma como el APRA logró ese posicionamiento, tratando de averiguar cuáles fueron las condiciones político-sociales, así como las características de su propuesta ideológico-programática y organizativa que lo hicieron posible.

Al respecto, vale mencionar que fuera de los textos partidarios, dispersos y de difícil acceso, existen algunos trabajos históricos que intentan explicar el asentamiento y el arraigo del partido aprista en la costa norte del Perú, como el clásico estudio sobre el impacto de la formación de las haciendas azucareras y la fundación del partido aprista (Klaren, 1976), las reflexiones sobre política y religiosidad popular en el caso del APRA (Vega-Centeno, 1985), o el trabajo crítico de Manrique (¡Usted fue aprista! Bases para una historia crítica del Apra, 2009). Para el caso de Cajamarca, sólo el importante trabajo de Taylor (Los orígenes del Partido Aprista Peruano en Cajamarca, 1928 - 1935, 2000). No obstante, en este último trabajo no se toma en cuenta el impacto de las insurrecciones apristas en el proceso de construcción partidaria, que si será motivo de la presente reflexión.

Sobre las insurrecciones apristas también hay varios trabajos emblemáticos: El Año de la Barbarie, Perú 1932 (Thorndike, 1977), o los

testimonios de Chanduví (El APRA por dentro: lo que hice, lo que ví y lo que sé, 1931-1937, 1988) y el del mayor Villanueva (El Apra en busca del poder 1930-1940, 1975). Pero todos ellos se concentran en el caso de la llamada revolución de Trujillo.

Para el caso de los intentos insurreccionales de Cajamarca, fuera de breves menciones en trabajos más amplios, sólo hemos tenido acceso a dos libros directamente relacionados al tema: El de Genaro Ledesma (El parto de Gloriabamba, 2004) y el singular trabajo de Luis Iberico y Enrique Guerrero (La Revolución del 6 de enero o la biografía de una gesta popular, 1990). El primero describe el alzamiento aprista de 1932 en Cajabamba, pero lo hace desde la perspectiva de la novela histórica que, por su propia naturaleza, recoge elementos reales -tomados de la memoria popular- y los combina con los que provienen de la imaginación. Iberico y Guerrero, por su parte, reconstruyen puntualmente y con bastante objetividad sólo los acontecimientos del 6 de enero de 1935, sin un análisis más general como el que aquí intentamos.

Sobre la base de esos trabajos, en el presente ensayo proponemos reflexionar sobre el impacto de las insurrecciones en la construcción del espíritu del APRA auroral, considerando que sus efectos sociales, culturales y morales fueron decisivos para el asentamiento y arraigo popular del referido partido.

Por este motivo, en la primera parte hacemos un apretado resumen del contexto histórico en el que surge el APRA, valoramos sintéticamente el periodo pre revolucionario, así como el desarrollo de los sucesos de 1932. Luego, en una segunda parte, describimos el nacimiento del partido y las condiciones que lo hicieron posible, concluyendo con un breve resumen de la insurrección de 1935. La tercera parte incluye una valoración histórico-política del alzamiento armado como factor fundamental en la cohesión e identidad partidaria; formulando, finalmente, las conclusiones más relevantes que se desprenden de esta experiencia política.

Contexto histórico

El gran parteaguas del inicio del siglo XX fue, sin lugar a duda, el Oncenio de Leguía. Un periodo marcado por el cambio de la dominación del eje británico al eje norteamericano, por el declive del viejo civilismo y de la república aristocrática, así como por la profundización de la modernización capitalista a través del incremento de la inversión extranjera directa en sectores estratégicos de la economía y la ampliación de la inversión pública en infraestructuras viales, portuarias y urbanas principalmente. Pero dicho periodo también fue importante por el nacimiento y consolidación de nuevos actores sociales que, engendrados en este lapso, irrumpen finalmente en la escena política al término del régimen y especialmente en los primeros cinco años de los años 30, en el contexto marcado por la crisis capitalista mundial originada por la quiebra de la bolsa de Nueva York de 1929.

Basadre (2005, pág. 5) denomina precisamente a este periodo (1930-1933) como el del “comienzo de la irrupción de las masas organizadas en la política”. Se refiere obviamente a la insurgencia de sendos movimientos de masas orientados por las nuevas apuestas ideológico-políticas surgidas durante el Oncenio y tras la crisis mundial de 1929: el aprismo, el comunismo y el fascismo.

Crisis prerrevolucionaria.

El fin del Oncenio, en el contexto de la gran depresión económica mundial, acelerado por el alzamiento militar de Sánchez Cerro en Arequipa, generó una situación de intensa inestabilidad política, económica y social, que típicamente podría ser considerada una crisis de régimen.

Crisis de régimen político que no fue superada ni por las elecciones generales de 1931 ni por la convocatoria e instalación de la Asamblea Constituyente, en la medida que se mantuvo abierta hasta la instalación y consolidación del régimen militar de Oscar R. Benavides, quien la fue cerrando, progresivamente y con mano de hierro, en los siguientes años. Periodo al que Luis Alberto Sánchez llamó acertadamente como el de “una larga guerra civil”. (Sánchez, 1979)

Los hechos más relevantes de esa crisis prerrevolucionaria fueron los siguientes:

1. Inestabilidad en las alturas. Basadre (2005, pág. 61) grafica bien esta situación cuando dice:

Desde el 22 de agosto de 1930 en que surgió el pronunciamiento del comandante Sánchez Cerro contra Leguía, hasta que el comandante Jiménez entró a palacio de gobierno el 5 de marzo de 1931, hubo en Lima, en menos de siete meses, seis movimientos militares de carácter político, y la insignia del poder presidencial cambió cinco veces de poseedor (Leguía, Ponce, Sánchez Cerro, Elías, Jiménez), sin contar las horas en las que estuvo encargada a monseñor Holguín. En el periodo de un mes (al cerrarse este ciclo) se produjeron seis insurrecciones militares y durante varios días funcionó un Gobierno en Lima y otro en el sur, este último dividido en una junta castrense y otra civil.

2. Agravamiento de la crisis económica y financiera, expresada en la caída significativa de las exportaciones tradicionales de algodón, azúcar, cobre y petróleo; disminución de las importaciones en -31% comparadas con el año anterior; disminución importante de las utilidades y baja de los dividendos; desempleo y fuerte devaluación monetaria (Basadre, 2005, pág. 95)
3. Gran agitación social en todo el país, con inusitado protagonismo de las clases trabajadoras, que dio lugar a huelgas masivas violentamente reprimidas. Entre los casos más destacados estuvieron los sangrientos sucesos de Cerro de Pasco y Malpaso, la disolución de la CGTP, la persecución de los dirigentes comunistas y apristas, las huelgas de los colectiveros y telefonistas de Lima y otros movimientos laborales menores en Cañete, Chiclayo, Canta y otros lugares. (Basadre, 2005, págs.

42-77) (Flores, Los mineros de Cerro de Pasco 1900-1930, 1993)

4. Enrarecido clima electoral, marcado por la debilidad de la junta de gobierno convocante, la polarización partidaria y la desconfianza de todas las fuerzas hacia la Junta Electoral. Aun así, los resultados fueron los siguientes: Sánchez Cerro: 152 062 votos (38%), Haya de la Torre: 106 007 votos (27%), De la Jara y Ureta: 21 921 votos, Arturo Osorio: 19 653 votos, no fueron a votar: 68 731. Se anularon las elecciones en varios departamentos y provincias, entre ellas las de Cajamarca y Loreto, favorables en principio al partido aprista. (Basadre, 2005, págs. 150-152)

Como no podía ser de otra manera, los apristas impugnaron el resultado declarando que se había cometido fraude, proclamaron a Haya de la Torre como “presidente moral del Perú” e intentaron alentar una rebelión militar en Piura, iniciativa que según Basadre (2005, pág. 153), se frustró sin pena ni gloria. Pero, fue el caso, además, que las bases apristas del norte, provenientes de la tradición radical anarcosindicalista, comenzaron a conspirar para llevar a su jefe al gobierno por la vía revolucionaria. (Manrique, 2009, pág. 97)

1932, el año de las insurrecciones.

A fines de 1931, instalados el Gobierno de Sánchez Cerro, así como la Asamblea Constituyente, el ambiente de fuerte polarización no había cesado, especialmente entre las nuevas fuerzas políticas mayoritarias: la Unión Revolucionaria sánchezcerrista y el Partido Aprista Peruano. Fue precisamente en este marco, en el que se produjeron diversos acontecimientos que derivaron en frustrados alzamientos populares y violentas represiones, que llevaron a Thorndike (1977), a llamar a 1932: “El año de la barbarie”.

Los hechos más importantes que marcaron este luctuoso año fueron los siguientes:

1. La represión de la navidad aprista de 1931 en Trujillo, en la que incluso

se habría intentado asesinar al jefe y fundador del partido. (Iberico, 1990, pág. 14)

2. La detención y deportación de la célula parlamentaria aprista y de otros adversarios del régimen, en febrero de 1932, al amparo de la Ley de Emergencia (Basadre, 2005, págs. 175-176). Los constituyentes deportados fueron 23 apristas y 1 del partido descentralista. (Iberico, 1990, pág. 14)
3. El primer atentado contra la vida del presidente Sánchez Cerro, del 06 de marzo de 1932, en Miraflores, a mano del joven militante aprista José Melgar Márquez (Basadre, 2005, págs. 184-187) A resultas de esta acción, Melgar y el dirigente aprista Juan Seoane Corrales, fueron condenados a muerte al amparo de la draconiana Ley de Emergencia impuesta por el régimen. No obstante, por intersección de la Iglesia Católica, Sánchez Cerro les conmutó la pena por la de internamiento. (Iberico, 1990, pág. 15) (Basadre, 2005, págs. 184-187)
4. La detención de Haya de la Torre el 6 de mayo de 1932, en Miraflores, acusado de dirigir una “rebelión comunista” (Basadre, 2005, pág. 190), para ser internado en el Panóptico. (Iberico, 1990, pág. 15). Previamente se habían cerrado los locales apristas, impedido la salida de sus órganos de prensa y la detención de otros dirigentes. Por estos hechos, México rompió relaciones con el Perú.
5. El alzamiento de la dotación de marina de los cruceros “Grau” y “Bolognesi”, motivada por reivindicaciones profesionales, pero por el hecho de haberse desencadenado el día siguiente de la detención de Haya de la Torre, fueron juzgados como sediciosos. De hecho, 8 de esos marineros fueron fusilados sumariamente, luego de haberse declarado el Estado de Sitio en todo el país. (Iberico, 1990, pág. 15). Basadre recuerda que, entre estos

ejecutados el 11 de mayo de 1932, estuvieron un menor de edad y un hombre casado que estaba en servicio contrariando la Ley. (Basadre, 2005, pág. 200)

6. La insurrección aprista de Trujillo del 7 de julio de 1932, iniciada con la toma del Cuartel O'Donovan, donde murió el jefe de la asonada, Manuel "Búfalo" Barreto. Esta acción fue secundada por sendos alzamientos en Huaraz (Basadre, 2005, págs. 203-214) y Cajabamba (Ledesma, 2004). Los mismos que fueron debelados a sangre y fuego, con bombardeo aéreo de la ciudad, juicios sumarios, fusilamientos, detenciones y persecución: "Muchos de ellos fueron pasados por las armas y otros se refugiaron en las serranías de los departamentos de La Libertad y Cajamarca". (Iberico, 1990, pág. 15)

Parodi (La Revolución de Trujillo y el Antiaprismo, 2012) resume bien las circunstancias y condiciones en que se dio la insurrección de Trujillo. Al respecto señala que: "se ubica en el contexto de la Crisis Mundial de 1929. En dicha coyuntura las haciendas aledañas a la capital norteña fueron muy afectadas por la baja en la demanda del azúcar, la que generó drásticas reducciones de salarios, altos índices de desempleo y una cargada atmósfera de malestar social". Luego, el autor citado precisa que "A nivel interno la insurrección remite a la irrupción de las masas en la política, la que fue impulsada por el Apra. Ciertamente, la causa inmediata del levantamiento fue la implacable represión del gobierno de Sánchez Cerro, responsable de una serie de violentos ataques contra locales del PAP, de la deportación del pleno de la Célula Parlamentaria Aprista y de la prisión de Haya de la Torre, quien fue arrestado el 6 de mayo de 1932".

7. Segundo atentado y muerte del presidente Sánchez Cerro a manos de otro militante aprista de base,

Abelardo Mendoza Leyva, de 25 años. Fallecimiento ocurrido el 30 de abril de 1933, "luego de haber gobernado al país por 16 tormentosos meses". (Iberico, 1990, pág. 17)

8. La elección por el Congreso del General Oscar R. Benavides como presidente de la República para concluir el mandato de Sánchez Cerro (Iberico, 1990, pág. 18), pero que terminó ampliando su mandato hasta 1939, luego de hacerse elegir en unas elecciones notoriamente fraudulentas, con partidos prohibidos y candidatos presos o exiliados.
9. El alzamiento militar del comandante Gustavo Jiménez desde Cajamarca, a la cabeza del Regimiento de Infantería N° 11, el mismo que debeló violentamente la insurrección de Cajabamba de 1932 y que curiosamente fue secundado, esta vez, por algunos elementos apristas. El 11 de marzo de 1933, en efecto, se produjo este pronunciamiento militar encabezado por el exministro de Guerra de la Junta Nacional de Gobierno que convocó a las elecciones en las que Sánchez Cerro fue elegido. Se proclamó caudillo de una revolución restauradora. Pensando que iba a tener amplio respaldo ciudadano se dirigió hacia Trujillo para consolidar su posición de fuerza, pero fue derrotado antes de llegar a dicha ciudad. (Basadre, 2005, págs. 215-222)

Las insurrecciones apristas de este año y su derrota sangrienta abrieron una brecha entre el APRA y las Fuerzas Armadas que marcó la historia peruana hasta 1979 y que se expresó como veto contra dicho partido para participar o ejercer el gobierno nacional. El motivo para la posición cerrada de las fuerzas del orden fueron los nunca totalmente esclarecidos sucesos de la cárcel de Trujillo, donde un grupo de militares fueron ultimados cuando los apristas tenían el control de la ciudad (Basadre, 2005, pág. 209).

La terrible violencia con la que se respondió el gesto plebeyo e insurgente del pueblo acercó a los gobiernos de Sánchez Cerro y Benavides

al tipo fascista de Estado, en la medida que como escribe Molinari (2006): “(El fascismo) históricamente fue, como se sabe, la antítesis de cualquier forma de democracia y la violenta reacción dogmático-elitista frente a la emergencia revolucionaria popular”.

La calificación de “Estado Fascista” no ha sido aceptada en la historiografía peruana, básicamente porque el partido Unión Revolucionaria, dirigido por Luis A. Flores, luego de la muerte de Sánchez Cerro, que asumió claramente la ideología fascista, no terminó por incorporarse orgánicamente al gobierno de Benavides y, aún más, también fue perseguido (Molinari, 2006). No obstante, el régimen que se instaló fue abiertamente conservador y represivo y expresó, como bien apunta Manrique (2009, pág. 18), “una cerrada alianza de la oligarquía con los militares”.

Ocurrió, sin embargo, que el espíritu fascistizante no sólo se hizo presente en las esferas gubernamentales y en las fuerzas armadas, sino que se fue consolidando como un fuerte sentido común totalitario entre ciertos medios de prensa y en importantes sectores populares aglutinados en la Unión Revolucionaria, el otro partido de masas en escena, que surgió como club electoral para apoyar al caudillo Sánchez Cerro, pero que, ante la agudización de la situación política, fue adoptando cada vez más claramente una postura, una filiación y una praxis abiertamente fascista. (Molinari, 2006)

Sin embargo, más allá de las calificaciones políticas, el saldo de estas insurrecciones para el pueblo aprista fue realmente muy grave: cientos de fusilados, miles de encarcelados y perseguidos y la ilegalización del partido por muchos años. Y lo mismo ocurrió con el Partido Comunista, que al igual que el APRA, fue proscrito constitucionalmente bajo el argumento de que ambas eran “organizaciones internacionales”, de modo que, durante las dos décadas y media siguientes, con escasos paréntesis democráticos, apristas y comunistas afrontaron persecución, represión y clandestinidad.

Sobre el número de fusilados y detenidos a consecuencia de estos hechos, no hay una

versión oficial. Los apristas hablaron de cuatro mil caídos. Basadre (2005, pág. 210) considera que, en esta cifra “existe mucha exageración”. Sobre el número de presos Aguirre (Hombres y rejas. El apra en prisión, 1932-1945, 2014) También es escéptico respecto a las cifras partidarias, aunque reconoce que fueron varios miles.

A pesar de lo cual, durante este mismo periodo, el partido de Haya de la Torre combinó nuevos intentos insurreccionales y conspiraciones militares, que una y otra vez cosecharon fracasos, con búsquedas de salidas electorales que se estrellaban contra el veto con que los militares respondieron a la masacre de un grupo de soldados y oficiales durante la insurrección de Trujillo de 1932 (Manrique, 2009, pág. 19)

La fundación del APRA en Cajamarca

Taylor (2000) describe con detalle el origen del partido aprista en Cajamarca, señalando los factores estructurales y coyunturales que no sólo lo hicieron posible, sino que favorecieron una rápida y masiva implantación.

Entre los factores estructurales que prepararon el terreno para la emergencia del APRA en Cajamarca, el autor citado, destaca dos procesos gestados a lo largo de los primeros 30 años del siglo XX, pero de manera más intensa durante el Oncenio:

- i) El dinámico proceso de modernización operado en el agro cajamarquino entre 1900 y 1930 (Taylor, Cambios capitalistas en las haciendas cajamarquinas, 1984), que implicó la introducción de nuevas tecnologías, el redimensionamiento de los fundos agropecuarios, una mayor extensión del trabajo asalariado y nueva relación productiva y social entre el agro cajamarquino y las grandes explotaciones agroexportadoras de azúcar, arroz y algodón asentadas en la costa norte, con fuerte presencia de capitales extranjeros. Proceso que, aunado al crecimiento de la

red vial y ferroviaria, facilitaron la migración laboral temporal de grandes masas de campesinos cajamarquinos que eran conducidos por diversos sistemas de “enganche” como braceros de las haciendas costeñas. Flujo migratorio que puso en contacto a los campesinos serranos con trabajadores costeños influidos por ideas clasistas.

- ii) El asentamiento y consolidación de una corriente ideológica progresista, que jugó un papel similar a la que tuvo el “Grupo Norte” en Trujillo, en la medida que sobre la base de la organización y propuesta anarcosindicalista transitó hacia el socialismo y el aprismo, a través de una importante prédica sobre las cuestiones sociales. Corriente entre los que jugó un papel muy destacado, desde su condición de profesor del Colegio San Ramón y periodista combativo, el celendino Nazario Chávez Aliaga (Taylor, 2000, págs. 42-46)

Sobre estos cimientos estructurales, operaron tres factores coyunturales para convertir, en pocos meses, al partido aprista, en la primera fuerza política del Departamento, puesto que según Taylor (2000, pág. 46):

Debido al trabajo intenso y a la habilidad organizadora de sus primeros militantes, entre enero y agosto de 1931 el APRA experimentó un crecimiento vertiginoso, y antes del fin de aquel año logró arrastre de masas, al punto que se convirtió en pocos meses en la fuerza política dominante en Cajamarca. En corto tiempo se establecieron células del partido en todo el departamento, desde Chota y Cutervo en el norte a Cajabamba en el sur; sus organismos tuvieron presencia tanto en el campo como en las capitales distritales y provinciales.

Los factores que, en opinión del autor citado (Taylor, 2000, págs. 46-51), facilitaron ese

inaudito asentamiento de masas, fueron los siguientes:

- i) El ambiente revolucionario abierto tras la caída de Leguía, que generó la esperanza de la inminencia de un cambio radical en las estructuras sociales y políticas del país.
- ii) La celebración del congreso departamental en 1931, que mostró nuevas formas de hacer política: participación popular, discusión pública y democrática de su programa, plan de acción y elección de sus dirigentes, sobre la base de un partido organizado y disciplinado.
- iii) La presencia de Haya de la Torre en Cajamarca en su visita de 30 de julio al 1 de agosto de 1931, que, con su persuasivo discurso carismático, antimperialista y anti feudal, se ganó la simpatía de importantes masas de ciudadanos que esperaban con ansias un mensaje de transformación social, en un momento en que las viejas propuestas políticas habían colapsado.

El resultado de este primer esfuerzo organizativo y de formación ideológica y política se expresó enseguida en las elecciones generales de octubre de 1931, que en Cajamarca fueron ampliamente favorables al partido aprista: 9 618 votos para Haya de la Torre; 7 369 para Arturo Osores; 4 630 para Sánchez Cerro y 465 votos para De La Jara. Siendo el caso, además, que fueron elegidos los candidatos apristas: Julio C. Guerrero, José Santos Madalengoitia, Mario Villacorta del Campo, Nicanor León Díaz, Enrique Otoya Porturas y Arturo Osores Gálvez. (Iberico, 1990, págs. 11-12). Sin embargo, esta victoria electoral departamental no fue reconocida por la Junta Electoral que anuló estas elecciones, permitiendo con ello, entre otras decisiones cuestionables, la elección de Sánchez Cerro como presidente de la República.

Crisis orgánica y nacimiento de un partido plebeyo

Taylor, además, ofrece una radiografía interesante sobre las bases sociales del aprismo cajamarquino original. (2000, págs. 51-62). Así destaca que su núcleo dirigente fue reclutado de entre los sectores medios, grupos relativamente acomodados que no formaban parte del poder local pero que gozaban de prestigio social o profesional, aspecto que fue clave para la difusión de la doctrina y del programa político.

Dentro de esta clase media, jugaron un rol preponderante los maestros, muy cercanos a la población y con gran influencia ideológica. La mayoría de ellos se acercaron al partido de Haya de la Torre por la prédica sindical pero también por la política. El APRA, de hecho, fue hegemónica entre los sindicatos magisteriales prácticamente hasta la fundación del SUTEP en 1972. Los abogados fueron otro grupo profesional preferido para el reclutamiento partidario, en la medida que muchos de ellos, desde la judicatura o la libre defensa, apoyaron con éxito diversas reivindicaciones laborales y sociales, generando simpatía entre los justiciables. Muchos de estos profesionales también formaron parte de las listas parlamentarias. Un tercer grupo de las clases medias, fueron algunos agricultores ricos, comerciantes de ganado y administradores de haciendas.

Dentro de los sectores populares urbanos destacaron el grupo de artesanos, trabajadores manuales independientes que habían recibido las primeras influencias ideológicas del pensamiento libertario de Gonzáles Prada y del mutualismo, cuyas expectativas de reivindicación social se vieron reflejadas en la prédica de Víctor Raúl. También fueron claves, como agentes de comunicación, los choferes y telegrafistas. En el caso de los sectores populares rurales, destacaron los campesinos medianos y pequeños que, para asegurar su supervivencia, tenían que trasladarse a las haciendas vecinas o de la costa norte para laborar temporalmente como jornaleros en las épocas de siembra o cosecha del arroz, la caña de azúcar o el algodón. Estas migraciones les pusieron en contacto con

obreros sindicalizados, anarquistas, socialistas y apristas de las grandes haciendas.

También fue muy importante y novedosa la incorporación a la política aprista de nuevos actores sociales que, aunque no votaban, fueron fundamentales en la consolidación de la tradición partidaria y de su desarrollo posterior. Tales actores fueron, precisamente, las mujeres y los jóvenes estudiantes.

En el caso de las insurrecciones apristas de los años 30, fueron muy importantes los cuadros reclutados especialmente de entre los grupos laborales de la ciudad, pero también de entre los jóvenes. Tanto Ledesma (2004) como Iberico (1990) destacan ese origen de los alzados en armas.

Es importante destacar, de otro lado, cómo en el periodo que comentamos, el APRA pudo reclutar a autoridades locales (subprefectos, alcaldes y otros funcionarios) que habían servido al régimen de Leguía, que aportaron su prestigio y algunas redes de clientela, así como a policías y militares en funciones. Situación que se produce siempre en periodos de crisis orgánica del poder, cuando las fidelidades y adhesiones anteriores se desmoronan y estos grupos buscan nuevas representaciones políticas en los nuevos partidos que surgen en tales circunstancias.

Este proceso verifica, en efecto, el acierto de Gramsci (1980, págs. 62-63) que, cuando describía los procesos de crisis orgánica de las clases dominantes, resaltaba el hecho de la formación de nuevas representaciones políticas a partir de la rápida incorporación de nuevos sectores sociales que antes no ocupaban la arena política y también de sectores que participaban del proceso político pero que ya no se sienten representados por los partidos vigentes.

El proceso de formación y asentamiento del partido aprista reúne también los requisitos que el marxista italiano pensaba que eran necesarios para que un partido “no pueda ser derrotado por medios normales”, esto es para que pueda subsistir en el tiempo. Gramsci (1980, págs. 32-34), en efecto, escribía al respecto:

Para que exista un partido es preciso que coexistan tres elementos fundamentales (es decir tres grupos de elementos):

1. Un elemento indefinido, de hombres comunes, medios, que ofrecen como participación su disciplina y su fidelidad, más no el espíritu creador y con alta capacidad de organización. Sin ellos el partido no existiría, es verdad, pero es verdad también que el partido no podría existir “solamente” con ellos. Constituyen una fuerza en cuanto existen hombres que los centralizan, organizan y disciplinan, pero en ausencia de esta fuerza cohesiva se dispersarían y se anularían en una hojarasca inútil. No es cuestión de negar que cada uno de estos elementos pueda transformarse en una de las fuerzas de cohesión, pero de ellos se habla precisamente en el momento en que no lo son y no están en condiciones de serlo, o si lo son actúan solamente en un círculo restringido, políticamente ineficaz y sin consecuencia.
2. El elemento de cohesión principal, centralizado en el campo nacional, que transforma en potente y eficiente a un conjunto de fuerzas que abandonadas a sí mismo serían cero o poco más. Este elemento está dotado de una potente fuerza de cohesión, que centraliza y disciplina. Y, sin duda a causa de esto, está dotado igualmente de inventiva (si la “inventiva” se entiende en cierta dirección, según ciertas líneas de fuerzas, ciertas perspectivas y también ciertas premisas). Es verdad también que un partido no podría estar formado solamente por este elemento, el cual sin embargo tiene más importancia que el primero para su constitución. Se habla de capitanes sin ejército, pero en realidad, es más fácil formar un ejército que formar capitanes. Tanto es así que un ejército ya existente sería destruido si le llegasen a faltar los capitanes mientras que la existencia de un grupo de capitanes, acordes entre sí, con fines comunes, no tarda en formar un ejército aun donde no existe. Y

3. Un elemento medio, que articula el primero y el segundo, que los pone en contacto, no sólo “físico” sino moral e intelectual. En la realidad, para cada partido existen “proporciones definidas” entre estos tres elementos y se logra el máximo de eficacia cuando tales “proporciones definidas” son alcanzadas.

Partiendo de estas consideraciones, se puede decir que un partido no puede ser destruido por medios normales cuando existe necesariamente el segundo elemento, cuyo nacimiento está ligado a la existencia de condiciones materiales objetivas (y si este elemento no existe todo razonamiento es superfluo), aunque sea disperso y errante, ya que no pueden dejar de formarse los otros dos, o sea el primero, que forma necesariamente el tercero como su continuación y su medio de expresarse.

Para que esto ocurra es preciso que haya surgido la convicción férrea de que es necesaria una determinada solución de los problemas vitales. Sin esta convicción no se formará más que el segundo elemento, cuya destrucción es más fácil a causa de su pequeño número. Sin embargo, es necesario que este segundo elemento, en caso de ser destruido, deje como herencia un fermento que le permita regenerarse.

De hecho, la crisis orgánica del poder nacional, abierta entre 1930 y 1933, facilitó el surgimiento los dos primeros elementos señalados por el autor citado: una masa importante de ciudadanos que aspiraban una nueva representación política y también el elemento centralizador, la dirección nacional aprista bajo la jefatura de Haya de la Torre, portadora de una solución para dicha crisis orgánica, expresada, por entonces, en su propuesta de revolución antimperialista y anti feudal.

Pero la clave, para su constitución como partido con potencialidad de crecimiento y desarrollo ulterior, fue la configuración del segundo y del tercer elemento, formado por los dirigentes nacionales y por los cuadros intermedios y los dirigentes regionales y

locales, que hicieron esa función de bisagra entre el núcleo fundador y la masa. Elemento dirigente e intermedio al que Haya de la Torre dedicó mucha atención para asegurarse que, en el caso que fuera dispersado, dejara suficientes elementos de continuidad y de regeneración, tal como efectivamente ocurrió en la realidad, en vista que, a pesar de los fusilamientos, la persecución y la cárcel a la que fue sometida esta primera generación de cuadros, el partido no desapareció, sino que continuó y creció en la estela de su ejemplo y “martirologio”, como le gustaba decir al líder apриста.

El alzamiento de Cajamarca.

El 6 de enero de 1935, un centenar de militantes apristas de base, integrado principalmente por modestos trabajadores: zapateros, carpinteros, herreros, panaderos, choferes y telegrafistas, intentaron la vía insurreccional como medio para alcanzar el poder, clave para poder desarrollar la propuesta de cambio social que venía ofreciendo el partido desde su fundación como movimiento revolucionario de carácter continental.

Según la reconstrucción de los hechos efectuada por Iberico y Guerrero (1990, págs. 21-35), el plan inicial consistía en asaltar los dos cuarteles de la Guardia Civil ubicados en la ciudad de Cajamarca, uno en el centro histórico y el otro en la zona de Lucmacucho, para apropiarse de armas y municiones, neutralizar la resistencia policial y tomar el control de la ciudad, para hacer luego un llamamiento insurreccional nacional, tal y como se había intentado en otras oportunidades.

Es importante anotar que, en el momento de la insurrección, en Cajamarca sólo estaban operativas las fuerzas policiales, en vista de la supresión del Regimiento de Infantería N° 11 de Cajamarca, debido a su participación en el alzamiento de Gustavo Jiménez. (Basadre, 2005, pág. 219)

Con un saldo trágico que costó la vida de dos de sus principales dirigentes: Ricardo Revilla Castro y Gonzalo Zurita Silva, los insurrectos lograron tomar el cuartel central de la Guardia Civil, apropiarse de algunas armas y conseguir la adhesión de algunos elementos policiales,

para luego dirigirse al cuartel de la llamada Guardia Urbana ubicado cerca del Arco del Triunfo del 13 de julio.

La resistencia inicial y la muerte de los principales dirigentes dio oportunidad a los elementos policiales a reagruparse en defensa del segundo cuartel, resistir el asalto y tener posibilidades de contraatacar. Y, así, luego de una larga refriega, que costó la vida de un elemento policial y de otros tres insurgentes, las fuerzas policiales pudieron imponerse a los insurrectos que, sin mayor apoyo logístico, optaron por replegarse por los caminos que llevan al Cumbe y Magdalena, donde fueron perseguidos por la policía.

La insurrección concluyó a las pocas horas con el saldo doloroso de cuando menos cinco insurrectos fallecidos (Ricardo Revilla Castro, Gonzalo Zurita Silva, Rosario Vélez Vargas, José Ramiro Quiroz Cabrera y Camilo Cabrera Alcántara), un policía muerto (Alférez Erasmo Roselló Cornejo) y cinco civiles no identificados, caídos por las balas perdidas (tres campesinos, un vendedor ambulante y una vendedora de pan), así como varias decenas de heridos.

Luego, se inició la persecución y detención de los insurrectos y de quienes los hubiesen apoyado, los mismos que fueron sometidos a torturas y juicios sumarios, para finalmente ser trasladados a la Corte Marcial de Lambayeque.

Es importante remarcar, que el grupo insurrecto no era inexperto en estos afanes. Muchos de ellos, especialmente sus dirigentes, habían participado en otros movimientos armados, como en el levantamiento de Osore y en el del “zorro” Jiménez. Además, habían sido reclutados para participar el año anterior en la llamada “conspiración de El Agustino”, teniendo que desmovilizarse sin entrar en acción en vista que no recibieron la orden de su dirección nacional. Y, finalmente, tenían entre sus miembros, a varios exsoldados y algunos policías en actividad comprometidos con la preparación y desarrollo del plan militar. Asimismo, se habían agenciado de una buena suma de dinero en un asalto a una comitiva de la Caja de Depósitos y Consignaciones. (Iberico, 1990)

No obstante, el plan fracasó dolorosamente, a pesar de haber contado con la simpatía de una parte importante de la población local y de las zonas aledañas, demostrado con los gestos de solidaridad y apoyo a los presos trasladados a Lambayeque.

Armando Villanueva, líder histórico del aprismo, confesó años más tarde el error consistente en intentar aplicar a nuestras realidades semirurales el modelo insurreccional urbano propuesto por el italiano Curzio Malaparte, autor de un clásico libro escrito en 1931 y llamado precisamente “Técnica del golpe de Estado”. Así, en el prólogo al libro de Genaro Ledesma sobre la insurrección de Cajabamba, escribió: “¿Cómo se habría sorprendido el novelista italiano (...), si hubiera leído estas páginas escritas cincuenta años después de su muerte y demostrativas de cuan diferentes son las realidades de Europa y de Indoamérica?” (Ledesma, 2004, pág. 20). Asimismo, en sus propias memorias, citadas por Manrique (2009, pág. 104), el referido dirigente, admitiendo como un error estratégico el no haber prestado atención al campo y dedicarse a los complots urbanos, confiesa:

Todas nuestras revoluciones se propusieron la captura de ciudades: Trujillo, Huaraz, Cajamarca. En el año 34, Lima, Palacio de Gobierno, Huancavelica, Ayacucho, Huancayo y otra vez Cajamarca. La metodología que preponderó en quienes dirigían nuestras revoluciones era la de un libro que causó mucho daño, que se llama “Técnica del golpe de Estado” del italiano Curzio Malaparte, que se publicó en Argentina en los años treinta [...] No lo censuro porque fue producto de su tiempo, pero ocurrían cosas graciosas [...] En el drama hay un poco de comedia. Conocí a Malaparte en el destierro, allá por 1954 durante un congreso de periodistas en Santiago de Chile. Lo invité a almorzar Manuel Seoane. Yo le dije: “Usted nos hizo un gran daño. su técnica del golpe de Estado ha sido un desastre aplicada al Perú”. Me contestó: “La culpa no es mía sino de ustedes, que no aplicaron

el Espacio Tiempo Histórico [...]”.

Insurrección y política. Una interpretación

Las preguntas que se imponen, en estas circunstancias, consisten en saber, por un lado, qué factores impulsaron a este grupo de militantes de base a lanzarse a la aventura insurreccional, a pesar de conocer directa y cercanamente el saldo doloroso de los alzamientos armados de 1932 y, por el otro, cómo un partido, con tan sólo cinco años de vida, se atreve a una aventura insurreccional en tales circunstancias.

En las líneas que siguen, presentamos algunos elementos que pudieran explicar la actitud imprudentemente heroica de aquellos trabajadores cajamarquinos que, sin apoyo ni respaldo de su dirección nacional, se atrevieron, por su cuenta, a “tomar el cielo por asalto”.

Esos elementos que confluyeron para formar esa voluntad de realización histórica que aparece, periódicamente, en la vida política, se relacionan, en nuestra opinión, con los siguientes temas: la tradición insurreccional como forma normal de acción política de la época, la prédica ideológica que formó una voluntad insurreccional y la necesidad o más bien urgencia de poner fin a la dictadura y abrir un nuevo curso en la historia nacional.

Veamos cada uno de ellos.

Alzamientos armados como parte de la tradición política.

La vinculación entre política y acción militar que, hoy en día, parece inaceptable para muchos, fue algo más o menos normal en tiempos pasados. Aceptado y practicado por diversos actores y no sólo los que tenían influencias ideológicas de izquierda. Todos esos actores habrían suscrito sin problemas la sentencia atribuida a Clausewitz, según la cual: “la guerra es la continuación de la política por otros medios”.

Demostrativo de ese espíritu proclive a vincular naturalmente la acción política y la acción insurreccional, es el discurso del constituyente

de 1932, Manuel J. Bustamante en protesta por lo ocurrido con los ocho marineros fusilados, que Basadre (2005, pág. 201) cita: “Todos hemos sido alguna vez revolucionarios en el Perú. ¿Sería Presidente el coronel Sánchez Cerro y seríamos nosotros representantes si no hubiese sido por la Revolución de Arequipa? Indudablemente que no. Entonces seamos lógicos y humanos, y no llevemos al cadalso a los que, por no pensar hoy como nosotros, proceden, como nosotros procedimos ayer”.

Otro ejemplo de lo que decimos lo tenemos, durante el Oncenio, en el complejo proceso político y social, que involucró disputas por el poder local y nacional y que, además, incluyó montoneras, bandolerismo y acción política, en el que se procesó la insurrección de Arturo Osores, debelada con la muerte de Eleodoro Benel y con la detención y deportación del caudillo chotano. Varios años después, Osores, un típico representante del gamonalismo serrano, conservaba todavía la aureola de revolucionario. De hecho, en las elecciones de 1931 postuló a la Presidencia de la República y en Cajamarca obtuvo 7 360 votos, quedando en segundo lugar, muy cerca de Haya de la Torre y por arriba de Sánchez Cerro.

En ese contexto, sólo en 1934, cuando ya se hallaba en el gobierno Oscar R. Benavides, elegido por el Congreso tras la muerte de Sánchez Cerro, se contabilizaron dos nuevos intentos insurreccionales: El movimiento del 5 de enero, denominado “el complot de los sargentos” y el del 25 de noviembre conocido como “la conspiración del Agustino”, que incluyó otras acciones, un tanto descoordinadas, en Junín, Ayacucho y Huancavelica. (Iberico, 1990, págs. 18-20)

Según Iberico y Guerrero, el equipo cajamarquino liderado por Revilla Castro, formado por unos 80 hombres, ya estaba listo para respaldar el alzamiento de El Agustino, pero la orden nacional nunca les llegó, teniendo que dispersarse a la espera de una nueva oportunidad. (Iberico, 1990, pág. 20)

Así también, en Cajamarca, entre 1931 y 1935, se procesaron cuando menos cuatro alzamientos o intentos insurreccionales, contando ya con la participación de elementos

apristas, aun cuando no hayan sido diseñados ni dirigidos orgánicamente por dicho partido.

Estas asonadas fueron las siguientes:

1. El alzamiento militar de febrero de 1931, encabezado por el comandante Guillermo Sáenz, al mando del levantisco Regimiento de Infantería 11, acantonado en Cajamarca, que se propuso derrocar a Sánchez Cerro y constituir un gobierno provisional, en el que se incluía a Víctor Raúl Haya de la Torre, el mismo que debería convocar a elecciones libres en un plazo de 48 días. Según Taylor (2000, págs. 46-47), los alzados en armas, con el apoyo de ciudadanos apristas, lograron detener al prefecto departamental Octavio Alva y tuvieron el control de la ciudad por pocas horas, poniéndose fin a la revuelta cuando llegaron las noticias de la renuncia de Sánchez Cerro a la presidencia y su reemplazo por una junta presidida por David Samanez Ocampo, quien se comprometió a convocar a las elecciones generales en un plazo razonable.
2. El motín del 5 de noviembre de 1931, ocurrido cuando se anularon las elecciones del departamento de Cajamarca. Con esa ocasión, el pueblo aprista tomó las calles y los principales servicios públicos, proclamando a Nazario Chávez Aliaga como prefecto. Cargo que ejerció sólo por unas horas, en vista que el Ejército debeló el alzamiento y los dirigentes tuvieron que huir al campo. (Taylor, 2000, pág. 50) Iberico y Guerrero relatan que, para este intento insurreccional, la dirección local aprista tenía el respaldo de algunos miembros activos de la policía o del ejército. A pesar de lo cual, el comandante Cuadros, impuso la disciplina en el Batallón 11 y en una rápida operación apagó la chispa insurreccional con algunas pocas y transitorias detenciones. (Iberico, 1990, págs. 12-14) (Basadre, 2005, pág. 154)

3. El tercer levantamiento político militar es el que se intentó en Cajabamba, el 12 de julio de 1932, en Cajabamba, en el marco de la insurrección de Trujillo. El mismo que, luego de haber tomado la ciudad por pocos días, fue batido sangrientamente por el Batallón 11 de Infantería, al mando del capitán Daniel Villafuerte Arguedas. (Iberico, 1990, pág. 16) Ledesma (2004) da cuenta, al respecto, del fusilamiento inmediato de 33 insurrectos.
4. La cuarta revuelta fue la encabezada por el comandante Jiménez el 10 de marzo de 1933 y que tuvo, otra vez, como protagonista al Regimiento 11 de Cajamarca. Sublevación militar que concluyó trágicamente con el suicidio del jefe insurgente al ser detenido y cercado por fuerzas leales al gobierno en las pampas de Malabrigo, cerca de Paiján. (Basadre, 2005, págs. 220-222) Sus colaboradores inmediatos fueron sometidos a una Corte Marcial que los sentenció a la pena de muerte, las mismas que fueron ejecutadas en las ruinas de Chan Chan, en el mismo lugar donde un año antes se fusilaron a los insurrectos apristas. (Iberico, 1990, págs. 16-17)

Al parecer, el ánimo insurreccional estuvo muy arraigado entre los militares de la época y los apristas lo consideraron siempre como una variable a tomar en cuenta en su estrategia para llegar al poder. Así, esta orientación de tener elementos comprometidos entre las fuerzas del orden, en este caso entre la Guardia Civil, también se hizo presente en la insurrección de 1935. (Iberico, 1990)

Los apristas sabían, en efecto, de ese espíritu y decidieron influir entre las fuerzas armadas, especialmente entre sus mandos medios, creando los aparatos necesarios para tener el control cuando a algún jefe ambicioso se le ocurriera alguna intentona golpista. Chanduví, citado por Taylor (2000, pág. 47), relata, por ejemplo, que: “Lo básico era organización para poder actuar en el momento dado, había que evitar que el Regimiento fuera un instrumento de cualquier militar ambicioso que quisiera

llegar al poder”.

Manrique (2009, pág. 98) sostiene que la táctica militar implementada por el APRA en sus primeros años osciló permanentemente entre la insurrección y la conjura militar, decantándose para esta última luego de comprobar los fracasos de las tentativas insurreccionales organizadas por las bases radicales del partido:

Esta situación llevó a Haya a formular una nueva estrategia, que sería dominante durante las dos décadas siguientes: «propiciar un golpe militar que, una vez triunfante, convoque a elecciones y entregue el poder al vencedor, que en esa época no podía ser otro que el partido aprista» (Davies y Villanueva 1978: 11). Ese patrón estuvo detrás del alzamiento del comandante Gustavo Jiménez en 1933, que terminó con su suicidio, tras ser derrotado por las tropas gobiernistas.

Llama la atención el hecho que por encima de la oposición oficial de las fuerzas armadas contra el APRA, hubiera alguna audiencia a dicho partido entre sus oficiales y clases, al punto de resultar comprometidos en intentonas golpistas de distinto tipo hasta 1948, año en que según Manrique (2009, pág. 105) se abandonó la táctica conspirativa y la tradición insurreccional del partido aprista, para adoptar la táctica de los acuerdos con partidos de la oligarquía, con Prado y Odría.

El mayor Villanueva, un famoso disidente aprista tras el fracaso de la última insurrección, la de los marineros del 03 de octubre de 1948, en un testimonio que recoge el citado Manrique (2009, pág. 101), habría confirmado que esa situación fue resultado de una política consciente y sistemática de infiltración en los institutos armados, que se estableció tras el fracaso de la sublevación de la marinería, el 7 de mayo de 1932, el primer intento golpista promovido por el Apra en las Fuerzas Armadas. «Desde ese momento el Apra comienza la captación de jefes, oficiales y soldados, proponiéndoles la captura del poder, la constitución de una Junta de gobierno, la legalización del partido aprista y la convocatoria a elecciones libres, en las que, dada la correlación de fuerzas políticas

de la época, el partido habría salido fácilmente triunfante».

Según el mismo testimonio, esa política de infiltración permitió captar a generales y almirantes, oficiales, sargentos y soldados de todos los institutos armados. «A los últimos se les convencía hablándoles de la justicia social, esclareciendo las causas de los desniveles económicos de la sociedad, de la situación paupérrima de los sectores de donde proceden. A los generales se les hablaba en términos conservadores, garantizándoles el apoyo popular para el golpe, endulzándolos con la gloria que podían alcanzar al restablecer la democracia y el imperio de la Constitución [...] A los oficiales jóvenes se les conmovía con las grandes transformaciones que precisa el país, se exaltaba su obligación de destruir a la oligarquía, se les habla de patria, no de partido; de pueblo, no de aprismo. Los líderes apristas sabían, sin duda alguna, manipular las fibras más sensibles del soldado».

Estas conductas que relajaron la disciplina y el respeto militar se explican claramente porque las Fuerza Armadas de entonces carecían de suficiente institucionalidad. Todavía eran dominadas por caudillos acostumbrados a dar cuartelazos.

Vocación insurreccional y desmesura revolucionaria.

Otro factor que contribuye a explicar la aventura insurreccional de 1935 ha sido, sin duda, el discurso favorable a la acción armada que cultivaba el APRA de entonces y que dio lugar a un partido forjado en la tradición revolucionaria.

De hecho, frente a la conocida imagen que ubica al APRA como parte del fenómeno populista, por haberse configurado como un partido de masas, con un liderazgo carismático dueño de un discursos nacional-popular y promotor de un amplio frente interclasista, hay algún autor que ha destacado que el APRA, en el origen, fue concebido, más bien, como un “partido de intelectuales”, gestado bajo el modelo leninista. (Bergel, 2018)

Se conoce, en efecto, la carta que, en 1929, el

fundador del APRA le dirige al cajamarquino Eudocio Ravines, dirigente de la célula aprista de París y más tarde sucesor de José Carlos Mariátegui en la dirección del Partido Comunista, donde expresamente le dice:

Nuestra influencia revolucionaria en América debe dejarse sentir como la de los revolucionarios rusos en Europa antes de la revolución. Debemos tratar de hacer llegar a toda América la vibración de nuestro programa y agitar mucho, muchísimo. No hay que desanimarse; cinco rusos han removido al mundo. Nosotros somos veinte que podemos remover la América Latina.

Pero no sólo esto, la forma como se gestó el núcleo dirigente inicial del APRA reflejó esa concepción: grupo de intelectuales que se acercan al movimiento obrero, para fundir la práctica con la teoría revolucionaria; grupo de revolucionarios profesionales que se educan o autocultivan para, desde la propaganda, la organización y la agitación, servir mejor a la causa, a la que se consagra la vida entera; grupo de vanguardia preparado para liderar las revolución, utilizando todas las modalidades de lucha, incluyendo la vía insurreccional, para cuyo efecto se constituyen en instancia altamente disciplinada, con gran optimismo histórico y capacitada para entrar en acción.

En el trabajo citado, aportando diversos argumentos que hacen creíble su tesis, se concluye señalando que a pesar de la distancia y posterior virulenta polémica del APRA con el comunismo internacional, su estilo se asemeja al de Lenin y el Partido Bolchevique ruso acaso como ningún otro en la primera mitad del siglo XX latinoamericano. No obstante, también se es claro en señalar que la gran “diferencia con los bolcheviques radica en que los intentos apristas por capturar el poder a través de una acción violenta fracasan”. (Bergel, 2018)

Manrique (2009, pág. 30), por su parte, señala que el radicalismo del discurso de Haya de la Torre no se limitó a su correspondencia y sus ensayos teóricos, sino que más bien formó parte de la agitación política cotidiana desplegada por los militantes del Apra durante la campaña

que preparaba la postulación de Haya como candidato presidencial, a comienzos de los años treinta y que se extendió hasta la década de los cincuenta del siglo pasado. Prédica que, además, se habría visto favorecida por el hecho de que una fracción importante de la militancia aprista, sobre todo la del norte, provenía de las canteras del anarquismo revolucionario.

De hecho, aunque los trabajadores anarquistas fueron una minoría, es claro que ejercieron una gran influencia durante las primeras décadas del siglo XX gracias a su cultura, su formación y su capacidad de llegar a sus compañeros de clase a través de la prensa obrera, el teatro, las escuelas o universidades populares, mediante las que lograron incorporar entre sus adeptos un fuerte posicionamiento a favor de la autoemancipación y la autonomía política frente a otras clases sociales.

Según el mayor Villanueva, otra vez citado por Manrique (2009, págs. 74-75), estos obreros radicales estuvieron detrás de las grandes iniciativas insurreccionales de los comienzos del Apra, incluida la revolución de Trujillo de julio de 1932. El propio Manuel «Búfalo» Barreto, considerado el paradigma del trabajador aprista revolucionario, era un obrero anarquista proveniente del Callao —no de Trujillo, como suele creerse—, donde había activado en el gremio de estibadores, que se trasladó después a La Libertad, se incorporó al Apra y encabezó el asalto al cuartel O'Donovan, muriendo heroicamente en esa acción.

La reconstrucción histórica de los alzamientos apristas de Cajabamba en 1932 y de Cajamarca en 1935, efectuadas por Ledesma (2004) y por Iberico y Guerrero (1990), confirman tal situación. En ambas insurrecciones, el núcleo central estuvo constituido por artesanos radicalizados, seguramente formados en la tradición revolucionaria anarquista.

Esta es la base política y psico-social que favoreció la praxis insurreccional del APRA auroral, la misma que Bergel (2018) ha denominado, poéticamente, como un caso de “desmesura revolucionaria”.

No obstante, es importante recordar la conocida ambivalencia del discurso aprista, que ya en esta época oscilaba entre las balas y los votos. Manrique (2009, pág. 75) recuerda, en efecto, que Haya de la Torre cultivaba la pasión radical de sus bases estimulando permanentemente una atmósfera de preparativos insurreccionales que reforzaban entre los trabajadores la convicción de que el partido tenía como norte asaltar el poder por la vía revolucionaria. Pero al mismo tiempo, desde los primeros momentos, jugó a llegar al poder por la vía electoral. Como esta opción chocaba con la tradición radical de las bases populares, al mismo tiempo que jugaba a las maniobras electorales alentaba simultáneamente la organización de intentonas insurreccionales. Esta línea dual de acción —sus adversarios la denominaron «la escopeta de dos cañones»— estuvo presente en el Apra desde los inicios.

Urgencia para poner fin a la dictadura.

Es claro que los sufrimientos originados por la represión violenta e indiscriminada, la misma que afectó a miles de familias a lo largo y ancho de todo el Perú, aunado al hecho de la proscripción e ilegalización del partido que les cerraba la posibilidad de la vía electoral, motivó a algunas bases radicales del APRA a intentar la vía heroica de la insurrección, para poner fin a esa terrible situación, a pesar de estar conscientes que esa era una apuesta muy alta, en la que o bien se podía ganar o bien se podía perder todo.

No queda duda que algo de impaciencia revolucionaria y mucho de voluntarismo político hubo entre los dirigentes de la insurrección de Cajamarca en 1935, pues era claro que, a esas alturas de la historia nacional, no estaban dadas todas las condiciones para el triunfo de una acción armada, especialmente porque no se había formado esa nueva mayoría social plebeya que respalde, activa o pasivamente, el impulso insurreccional. Por el contrario, el bando adversario, no sólo pudo apoyarse en la fuerza de la represión, sino que pudo también articular un importante respaldo popular, de corte totalitario, configurado al

interior de las mismas clases sociales llamadas a liderar la revolución, cuya mejor versión fue el partido fascista Unión Revolucionaria. (Molinari, 2006)

Aquí se pudo confirmar nuevamente aquella ley histórica que sostiene que cuando se abre una situación revolucionaria, como ocurrió en aquella ocasión, caben dos posibilidades: o la revolución triunfa o vence la contrarrevolución.

De hecho, la respuesta totalitaria y fascizante a la gesta popular insurgente del pueblo aprista auroral, aceleró entre las noveles bases de un partido recientemente creado, sin suficiente experiencia política, las respuestas desesperadas marcadas por el voluntarismo radicalizado.

Alan García (90 años de aprismo, 2013, págs. 135-136) reconoce este tipo de respuestas cuando dice:

Es cierto que la violencia usada por los gobiernos en los primeros años, resistida y respondida con fuerza por el APRA, originó un movimiento de contracción entre sus miembros, en la clandestinidad y en las prisiones. El alto número de muertos y víctimas en la desigual batalla contra las fuerzas organizadas del ejército y la policía originó, además, una cultura de enaltecimiento del acto violento y heroico.

Pensamos, en efecto, que esta es una lección histórica que pocas veces se ha relevado suficientemente: Las medidas draconianas para proscribir o prohibir opciones ideológicas con las que no se concuerda, guiados por sentimientos primarios de odio y miedo, más temprano que tarde, resultan contraproducentes, en la medida que pueden desatar respuestas igualmente violentas.

Efectos de la tradición insurreccional en la identidad partidaria.

Uno de los factores más fuertes de cohesión que explican la larga vida del partido aprista y su enraizamiento en importantes sectores populares es, precisamente, ese nacimiento heroico, esa tradición insurreccional y su costo social vivenciado como “martirologio”

entre las familias y bases apristas.

Es un hecho social indiscutible que, en las formaciones partidarias, más allá de la doctrina y del programa, los factores subjetivos de identidad juegan un papel preponderante. Manrique, refiriéndose a este aspecto, a propósito de los virajes de la dirigencia apristas que obligó a su militancia a votar por sus antiguos verdugos, como fue el caso de Odría, escribe en efecto que: “si a pesar de eso el Apra pudo sobrevivir fue porque la mística aprista se sustentaba más en factores afectivos que en el conocimiento de la doctrina, como había sido expuesta por su líder y único ideólogo”. (2009, pág. 13)

Aguirre (Luces y sombras en la historia del Apra, 2009, págs. 162-164), sin negar el aspecto de la fe y de la mística de las bases apristas, discute la postura de Manrique, en la medida que parece presentar a la militancia aprista como una masa que no piensa, que solamente siente, con una actitud puramente sentimental y emotiva, pero no intelectual ni consciente. Sugiere, asimismo, la necesidad, de hacer un mayor esfuerzo para tratar de desentrañar las lógicas políticas que sustentaron la terca lealtad de las bases apristas hacia sus líderes y a su partido.

Por otro lado, Haya de la Torre parece haber sido muy consciente de estos factores en la formación de su partido. Por eso, según recoge Luis Alberto Sánchez, citado por Manrique (Manrique, 2009), muy tempranamente, se le oyó decir:

Quienes han creído que la única misión del aprismo era llegar a Palacio están equivocados. A Palacio llega cualquiera, porque el camino de Palacio se compra con oro o se conquista con fusiles. Pero la misión del aprismo era llegar a la consciencia del pueblo antes que llegar a Palacio. Y a la consciencia del pueblo no se llega ni con oro ni con fusiles. A la consciencia del pueblo se llega, como hemos llegado nosotros, con la luz de una doctrina, con el profundo amor a una causa de justicia, con el ejemplo glorioso del sacrificio.

Basadre (2005, pág. 124), al describir las ideas y organización del partido aprista, resalta estos elementos subjetivos de la identidad partidaria: “Surgió algo más: la fraternidad del partido cuyos miembros se llamaron entre ellos “compañeros”, como en las organizaciones socialistas y sindicales; y así resultó una entidad impregnada de mística, incrustada hasta en las pequeñas cosas de la existencia diaria y creadora de deberes y entusiasmos similares a los que suele inspirar la Patria, la iglesia, el club, el colegio, la familia...”

Aguirre (2014), por su parte, confirma el uso del pasado glorioso, mítico, fundacional en la narrativa del partido aprista, como una forma de legitimar su trayectoria y su conducta política:

La historia oficial aprista ha incorporado en su narrativa estas circunstancias dolorosas y las ha resaltado como hitos fundamentales, no solo de la historia partidaria sino también de la historia peruana e incluso latinoamericana. Al hacerlo, no ha podido evitar incurrir en una cierta dosis de mitificación en función de la necesidad de crear una versión histórica que se ajuste a las necesidades partidarias. Este esfuerzo es parte de un proceso más amplio de recrear un pasado glorioso, mítico, fundacional que contribuyera a legitimar ante sus militantes, la opinión pública y los estudiosos de su trayectoria la conducta política del partido y sus dirigentes. Es frecuente encontrar exageraciones, distorsiones o silencios respecto a determinados aspectos de la historia partidaria. En el caso de la prisión política sufrida por miles de apristas la historia oficial pone de relieve el sufrimiento, la resistencia y la heroicidad de sus militantes: en este relato, ellos fueron víctimas de una represión brutal, padecieron condiciones carcelarias insufribles y se les sometió a terribles torturas. Pese a ello, y gracias a la mística y disciplina partidarias, así como al sentido de responsabilidad histórica y sacrificio por una causa justa, ellos

podieron sobrevivir y salir airosos de dicha «prueba». La experiencia de la cárcel habría sido para los apristas una escuela de lucha revolucionaria, una fuente de fortaleza para templar su carácter y una trinchera de combate contra los regímenes represivos y autoritarios de la cual salieron limpios y victoriosos.

Más adelante, sin embargo, el autor citado advierte que este tipo de relatos que fortalecen la fe y la disciplina partidarias, pueden resultar contraproducentes para la necesaria discrepancia al interior del partido:

Del sufrimiento a la resistencia pasando por la fe y la mística: así se construyó el círculo que hizo que los miles de apristas que sufrieron encierro por causa de sus ideas y acciones decidieran luego continuar apoyando al partido lealmente pese a los giros tácticos e ideológicos que se producirían en más de una ocasión. La cárcel templó el carácter de estos militantes, pero también, de alguna manera, los preparó para una vida partidaria que priorizaría la lealtad y la disciplina antes que la actitud crítica y cuestionadora de ciertas decisiones y prácticas políticas.

Del mismo parecer es García (2013, pág. 136), quien luego de señalar, autocriticamente, la tendencia al sectarismo como un error histórico de su partido, que los habría alejado de los “no conversos”, que eran gran mayoría, señala que “resulta inexplicable el por qué no se superaron sus consecuencias, ya que la vida política debe ser una forma de comunicación comprensible y abierta para la mayoría”.

Conclusiones

1. La crisis del régimen político, expresado en la caída del Oncenio de Leguía y en el golpe militar de Sánchez Cerro, abrió una coyuntura revolucionaria de fuerte polarización política y social, que sólo fue cerrándose progresivamente y con mano

dura por el régimen militar oligárquico del general Oscar R. Benavides. Coyuntura en la que nace el partido aprista peruano, con un discurso antimperialista y anti feudal, ganándose el apoyo de importantes sectores medios y populares del país, especialmente de la región norte del Perú, la mayoría de los cuales irrumpieron, masivamente y por primera vez, en la escena política o se realinearon en las nuevas representaciones desengañados de la vieja política, sobre cuya confianza y entusiasmo políticos se apoyaron diversos intentos insurreccionales que, una y otra vez, fueron derrotados con un alto costo social, con miles de fusilados, detenidos y deportados y con una larga ilegalización del partido. Vencidos por la articulación de un bloque de defensa del *estatus quo* sistémico que asumió las formas de una dictadura conservadora y fuertemente represiva, apoyada en un sentido común autoritario muy cercano al fascismo y que consiguió movilizar, tanto a la opinión pública como a importantes sectores populares temerosos, de la posibilidad de una revolución socializante.

2. En el caso de Cajamarca, el APRA se funda en 1931 y en pocos meses se convierte en la primera fuerza política, electoral y social, de la región, al haber conseguido la adhesión de importantes sectores medios y populares, especialmente de grupos profesionales, como abogados y maestros, artesanos y trabajadores, comerciantes y campesinos medios, los mismos que se plegaron con fe y optimismo al mensaje de justicia social propugnado por Haya de la Torre, en un terreno previamente preparado por las corrientes anarquistas y socialistas de gran audiencia entre el artesanado local y la juventud, así como por la acción articuladora y centralizadora

del núcleo fundador aprista, preparado desde el exilio en los moldes del partido de cuadros revolucionarios, que se sentía portadora de una solución para los problemas vitales del país, expresado en sus programas máximo y mínimo.

3. La insurrección aprista de 1935, en pleno gobierno de Oscar R. Benavides y tras el fracaso de todas las alzamientos organizados o favorecidos por el partido aprista ilegalizado y con su saldo terrible de fusilados, perseguidos, deportados o detenidos, se explica por tres factores centrales: la tradición que normalizaba la acción militar como continuación de la acción política; la formación ideológica proclive al uso de la vía insurreccional propuesto por el núcleo fundador seguidor por entonces de los modelos organizativos de la Europa revolucionaria y favorecido por la praxis de sus primeros núcleos militantes formados en la tradición de autoemancipación revolucionaria del anarcosindicalismo; así como en la respuesta desesperada de quienes quisieron poner fin a la persecución y la dictadura, desde una lectura voluntarista de sus posibilidades.
4. A pesar del saldo doloroso derivado del fracaso de las insurrecciones, esta gesta fundacional, heroica y combativa, se transformó en elemento de cohesión partidaria y de regeneración de sus elementos orgánicos y directrices dispersados por la persecución política de su núcleo fundacional; esto es que se convirtió en garantía de su pervivencia política en el tiempo. No obstante, también pudo gestar un sentimiento sectario que, según los propios apristas, fue limitativo para llegar a las mayorías no conversas.

Referencias

- Aguirre, C. (2009). Luces y sombras en la historia del Apra. (PUCP, Ed.) *Histórica*, 159-164.
- Aguirre, C. (2014). *Hombres y rejas. El apra en prisión, 1932-1945*. Obtenido de Bulletin del Institut Francais d'Etudes Andines: <http://journals.openedition.org>
- Basadre, J. (2005). *Historia de la República del Perú, 1822 - 1933*. Lima: Empresa Editora El Comercio S.A.
- Bergel, M. (18 de Mayo de 2018). *La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales y cultura del heroísmo en los orígenes del aprismo peruano (1923-1931)*. doi:10.400/nuevo mundo.5448
- Chanduví, L. (1988). *El APRA por dentro: lo que hice, lo que ví y lo que sé, 1931-1937*. Lima: Imprenta Copias e Impresiones.
- Flores, A. (1993). La agonía de Mariátegui. En A. Flores, *Obras completas* (págs. 1-50). Lima: Fundación Andina, SUR Casa de Estudios del Socialismo.
- Flores, A. (1993). Los mineros de Cerro de Pasco 1900-1930. En A. Flores, *Obras Completas* (págs. 9-229). Lima: Fundación Andina - SUR Casa de Estudios del Socialismo.
- García, A. (2013). *90 años de aprismo*. Lima: Titanium editores.
- Gramsci, A. (1980). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el estado moderno*. Madrid: Ediciones Nueva Visión.
- Iberico, L. C. (1990). *La Revolución del 6 de enero o la biografía de una gesta popular*. Cajamarca: Imprenta Editora Los Andes SRLtada.
- Klaren, P. (1976). *Formación de las haciendas azucarera y orígenes del APRA*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Ledesma, G. (2004). *El parto de Gloriabamba*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Manrique, N. (2009). *¡Usted fue aprista! Bases para una historia crítica del Apra*. Lima: PUCP/CLACSO.
- Molinari, T. (2006). *El fascismo en el Perú. La Unión Revolucionaria 1931-1936*. Lima: UNMSM - Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.
- Parodi, D. (17 de Julio de 2012). La Revolución de Trujillo y el Antiaprismo. *Diario 16*, pág. 12.
- Sánchez, L. (1979). *Una larga guerra civil 1931-1934*. Lima: Mosca Azul Editores.
- Taylor, L. (1984). Cambios capitalistas en las haciendas cajamarquinas. *Apuntes*, 79-110.

Taylor, L. (2000). Los orígenes del Partido Aprista Peruano en Cajamarca, 1928 - 1935. *Debate Agrario*, 39-62.

Thorndike, G. (1977). *El año de la barbarie*. Lima: Mosca Azul Editores.

Vega-Centeno, I. (1985). *Aprismo Popular: Cultura, Religión y Política*. Lima: Tarea.

Villanueva, V. (1975). *El Apra en busca del poder 1930-1940*. Lima: Horizonte.

Correspondencia

Autor: Cesar Augusto Aliaga Diaz

Dirección: Universidad Nacional de Cajamarca

Email: cealdi@gmail.com